

Promesas y límites de una sociedad experimentadora

Víctor PÉREZ DÍAZ
Universidad Complutense de Madrid

I. El *paper* de Campbell es provocativo y estimulante. Hace una descripción elocuente de los rasgos ideales de una sociedad experimentadora, constituida por un conjunto de buscadores de la verdad que disputan entre sí, tomando como modelo la comunidad científica.

Es evidente que una sociedad en donde la política se convierte en una actividad experimental guarda o contiene la promesa de una política racional, donde los objetivos son formulados explícitamente, el nexo entre medios y fines se articula con claridad, el control sobre las variables que condicionan el resultado final se hace explícito y la evaluación del resultado forma parte del proceso político. En esa sociedad por tanto se incrementa la probabilidad de una política eficiente y de un control democrático de la misma.

Es probable también que ello mejore el nivel de la argumentación política y que esto mismo reduzca el nivel de conflicto dentro de la sociedad, puesto que las ideas lucharán por nosotros y, sobre todo, haremos de la experiencia el árbitro relativamente neutral en ese conflicto de las ideas.

La discusión de Campbell sin embargo se refiere sobre todo a la relación entre esa sociedad experimentadora y el modelo de una sociedad abierta. Se pregunta si son compatibles; y si la primera puede contribuir a la segunda. Su respuesta parece en general afirmativa pero con importantes reticencias. En varios lugares nos pone en guardia sobre las consecuencias indeseadas de esta sociedad experimentadora; indica las posibilidades de conflicto entre el proceso de inferencia científica y el idealismo de los medios; subraya la necesidad de una experimentación gradual con el propio proyecto de construir una sociedad experimentadora. Campbell habla incluso en sus observaciones finales de su ambivalencia ante lo que

llega a caracterizar, forzando quizá un poco sus propios términos, como un monstruo de medida y experimentación.

Creo que sus llamadas de atención son razonables, y mi comentario querría no tanto *contraargüir* con sus posiciones, cuanto desarrollar dos líneas adicionales de argumentación. Una, sobre la necesidad de límites en la experimentación social; y otra, sobre la necesidad de situar esta experimentación en el marco de un proceso permanente de debate y argumentación moral.

II. LÍMITES A LA EXPERIMENTACIÓN DE LAS POLÍTICAS: LA NECESIDAD DE SECRETO EN UNA SOCIEDAD ABIERTA

La sociedad abierta es una sociedad regida por un principio de individualismo moral. Con esto quiero decir dos cosas. Una, que la sociedad abierta está fundada sobre el reconocimiento de que las decisiones morales son siempre en última instancia decisiones de los individuos, y en consecuencia se reconoce a sí misma, y al tramado de sus instituciones sociales, como el resultado de tales actos morales individuales. Dos, que la salvaguarda y el crecimiento de la autonomía moral individual es el valor central de la sociedad abierta. Sus instituciones constituyen idealmente el marco que protege y promueve esa autonomía moral de los individuos, asegurando el máximo de libertad individual con el mínimo de coerción. Más aún: este mínimo se justifica porque asegura la libertad de los individuos frente a constricciones básicas de inseguridad física (los individuos agresivos que amenazan a los ciudadanos ordinarios), el hambre, la falta de habitación, la desocupación involuntaria, la enfermedad y la ignorancia, etc. es un mínimo, por lo tanto, mayor o menor según la convención o el consenso moral del momento histórico.

Ahora bien, aunque sea mayor o menor este mínimo estatal o público, no puede llegar tan lejos como para alterar el núcleo de la sociedad abierta: la esfera de actividades bajo el control directo de los individuos. Este es el *quid* de la cuestión.

El concepto, por tanto, de sociedad abierta implica una distinción entre una esfera de actividades y decisiones sociales o públicas, y una esfera de actividades privadas; e incluso implica el principio de la supremacía o el predominio cuantitativo y cualitativo de esta última sobre la primera. La sociedad abierta implica en consecuencia una actitud de alerta, y eventualmente de desconfianza y de rechazo, frente a la expansión de la esfera de las decisiones públicas.

Si esto es así, la experimentación sobre decisiones sociales tiene su límite en la sociedad abierta en el respeto a esa esfera de actividades

privadas, y en el respeto al principio de autonomía moral individual. De aquí se deducen dos consecuencias:

Primero. Que la mayor parte de la experimentación es experimentación no de decisiones sociales o públicas, sino experimentación de actividades individuales en su esfera de actividades propias —con el consiguiente análisis de sus resultados o consecuencias sociales, sean éstas esperadas o inesperadas.

Segundo. Que incluso en lo relativo a la experimentación con decisiones sociales, no cabe perder de vista el principio de que esa experimentación deba hacerse de tal modo que se refuerce y se mantenga al máximo posible la autonomía de los individuos, a la vez como sujetos partícipes y como objetos y destinatarios de las decisiones.

Ahora bien, de todo ésto se sigue a su vez que la sociedad experimental en vez de ser una sociedad «honesta» en el sentido de ser una sociedad transparente donde se está diciendo continuamente toda la verdad, respecto a los intereses, los recursos y las estrategias de los actores individuales, no es una sociedad deshonesto, pero sí es y debe ser una sociedad parcialmente, pero en una parte sustancial opaca, privada y secreta. Porque solo manteniendo un margen muy importante de opacidad, «privatidad» y secreto es posible asegurar y reforzar la autonomía de los individuos.

En otras palabras, la pretensión de construir una sociedad experimental, responsable popularmente, cuyos fines y cuyos medios son determinados a la vista de los bienes colectivos y las preferencias populares, una sociedad democrática integral, es incompatible con la pretensión de crear una sociedad abierta basada en individuos libres.

Publicidad de los records, publicidad de los procedimientos y de las decisiones, dificultan y probablemente impiden la constitución de autonomías individuales. Porque esta constitución no es un dato espontáneo o inmediato, sino el resultado de una construcción en gran parte institucional; es el resultado de la construcción de distancias y de protecciones frente a la interferencia de familias, comunidades de vecinos, autoridades locales o nacionales, iglesias, etc., etc... Es el resultado de muros, paredes, cortinas, puertas, pautas de respeto a la intimidad de las gentes, derechos de propiedad, etc. etc. Todo lo cual da el espacio para respirar necesario para la tomas de decisiones de los individuos, la preparación de estas decisiones y la acumulación de recursos necesarios para apoyar e implementar tales decisiones.

El individuo, y su empresa individual en su caso, económica o de otro tipo, tienen por esto que estar en condiciones de dar o negar parte sustancial de la información que tienen acerca de su estrategia, su tecnología, su política comercial o sus equivalentes; y decidir también el modo y el momento en que den su información. No existe razón moral alguna, desde el punto de vista de los principios de la sociedad abierta,

por la que se les pueda exigir una transparencia que maximizaría las oportunidades para que su propio proceso de toma de decisiones fuera afectado, interferido y controlado por otros individuos, eventualmente por todos sus conciudadanos, y menos aun por el Estado.

Se requiere por tanto un equilibrio o una mezcla de honestidad y opacidad, para resistir las pretensiones hegemónicas e invasoras de la sociedad o el Estado en la autonomía individual.

III. COMPROMISO MORAL Y EXPERIMENTACIÓN CON POLÍTICA: LA NECESIDAD DE ARGUMENTOS MORALES Y DE RETÓRICA MORAL EN UNA SOCIEDAD ABIERTA

La experimentación con políticas implica cierto consenso moral en la sociedad acerca de los objetivos de estas políticas y los criterios de evaluación de las mismas. Una sociedad abierta es por definición una comunidad moral donde hay un acuerdo sobre determinados valores básicos, al menos de respeto a la verdad, al argumento racional, al test de la experiencia y a la autonomía moral individual. Pero aún en esa sociedad abierta que comunidad moral hay lugar para desacuerdos morales profundos. Estos desacuerdos marcan límites evidentes a los aprendizajes y a las conclusiones que se puedan derivar de la experimentación con políticas.

Dos desacuerdos básicos son inevitables. El primero concierne a las identidades específicas de las distintas sociedades abiertas. Parte del problema con la discusión de la sociedad abierta estriba en el hecho de que la teoría de la sociedad abierta tiene implicación normativa de carácter universalista, y quizá una reticente o negativa visión moral de los fenómenos nacionales.

Ocurre, sin embargo, que las sociedades conocidas son todas ellas sociedades particulares, diferenciadas unas de otras, y uno de cuyos objetivos principales consiste justamente en el mantenimiento de esa identidad diferencial —con las adaptaciones precisas a las circunstancias siempre cambiantes. Más aún, si miramos lo que ocurre dentro de esas sociedades, observamos una tensión creciente por la expresión de identidades colectivas diferenciadas en su seno.

La experimentación con diversas políticas puede ayudar a resolver los problemas planteados por estas identidades nacionales o infranacionales, pero sólo dentro de ciertos límites. Puede mostrar las consecuencias que para el desarrollo económico, la comunicación y la integración social de la humanidad, e incluso para la supervivencia de la especie, tengan diferentes modos de nacionalismo; y de diferentes arreglos de identidades colectivas infranacionales. Pero queda un núcleo importante de decisiones en ese terreno irreductibles a la experimentación y la experiencia, que

deben ser objeto de argumentación y persuasión moral, si no se quiere que sean objeto simplemente de imposición por la fuerza.

La segunda tensión resultado de un desacuerdo moral, se organiza en torno al papel del Estado y su mayor o menor intervención en los asuntos individuales. Es obvio que la historia reciente de las sociedades que se aproximan en un grado significativamente alto al modelo ideal de sociedades abiertas, las sociedades occidentales, contienen una tensión entre partidarios de Estado mínimo y partidarios de Estado «moderadamente» intervencionista, siendo unos y otros susceptibles de ser considerados como partidarios todos de una sociedad abierta. Esta tensión se combina con la tensión izquierda/derecha (aunque no se identifica con ella, pues basta recordar la diferenciación entre las tradiciones anarquistas y liberal y la tradición socialista dentro de la izquierda europea) para crear un ambiente de intenso debate de principios y de emociones morales en estas sociedades. Todo intento de política de experimentación tiene que encontrar su sitio en estos debates, porque de no hacerlo se condena a un malentendido permanente.

Pero hay además una tercera tensión moral que procede no tanto del desacuerdo entre sus comunidades morales de las sociedades abiertas, cuanto de una tensión interna inevitable en sus mecanismos de socialización y sus pautas institucionales. Esta tensión requiere no sólo una apelación a los argumentos morales sino incluso a la retórica moral, es decir, a actos de persuasión basados en lo que en definitiva es un razonamiento moral correcto, pero en cierto modo dramatizado o exagerado (dentro de ciertos límites) para conseguir una efectiva movilización de las energías emocionales y psicológicas de la población.

Una sociedad abierta es una sociedad de individuos libres, en las que una buena parte de su socialización y de las pautas institucionales, deben estar orientadas a la creación de autonomías morales individuales: es decir, a la creación del carácter moral de individuos que piensan y razonan por sí mismos, analizan la evidencia disponible, toman sus propias decisiones y asumen responsabilidad por las mismas. Pues bien, es obvio que tales hábitos y pautas comportan el riesgo inevitable de una tendencia de individuos autocentrados, al particularismo individual y familiar, al debilitamiento de solidaridades de grupos y de organizaciones, y sobre todo a la atrofia del sentido cívico. En otra época se habló de la tensión entre una moral del burgués y una moral del ciudadano como hoy se puede hablar de una tensión entre la moral centrada en la autonomía individual pero también en la maximización de la felicidad individual, y una moral de ayuda intersubjetiva y de solidaridad con conjuntos superindividuales.

Pues bien, la movilización de energías psicológicas y emotivas para activar el potencial de solidaridad con otros, con el grupo, con la organización, y de espíritu cívico (y en última instancia de solidaridad con

segmentos cada vez más amplios de la especie humana como tal, idealmente con la humanidad misma), *supuesto* este sesgo constitutivo de la sociedad abierta a favor de la autonomía individual, requiere un *esfuerzo* de persuasión.

Y este esfuerzo de persuasión para la acción colectiva y ciudadana plantea el problema y el interrogante de la necesidad de un exceso moralista y retórico que va más allá de la política de experimentación de carácter gradualista y reformista, paso tras paso. Este exceso es por lo demás una característica general de los políticos profesionales de todos nuestros países. Y mi contención es que en lugar de considerarlos *sólo* como abuso, corruptela o propaganda, lo consideremos también como un requerimiento del sistema mismo de la sociedad abierta.

Los políticos entienden que no pueden hacer una modesta reforma universitaria, o en el sistema de relaciones industriales, en la política de la vivienda, o ganar unas elecciones para hacer justamente ese tipo de política, sin requerir un apoyo popular apelando a algo *extraordinario*. La decisión y la implementación de medidas políticas graduales, reformistas y específicas requiere, al parecer, una activación de la sociedad que ellos buscan apelando a horizontes más amplios, horizontes utópicos, mencionando una y otra vez la necesidad o la inminencia de cambios revolucionarios o de transformaciones profundas o de alteraciones estructurales de la sociedad. Los políticos se ven obligados así a mezclar de hecho sus intereses partidistas y sus ambiciones particulares con un componente de liderazgo moral más o menos genuino.

Mi contención es que lo extraordinario está requerido por la situación de la política en las sociedades abiertas. Consiste justamente en el carácter extraordinario de la experiencia de solidaridad, y las dificultades cotidianas en la realización de un valor de solidaridad en una sociedad orientada sistemáticamente, y necesariamente, hacia la consolidación y el desarrollo de individuos con caracteres individuales específicos y diferenciados.

El problema consiste en el control relativo de un margen de retórica inevitable, de modo que la retórica rodee el núcleo de un argumento moral correcto y no degenera en una retórica delirante o en simple propaganda partidista. Sólo una retórica limitada permite una política de experimentación social; pero *sin* esa retórica la política de experimentación no consigue la movilización de energías de solidaridad social necesarias para ser llevada a cabo. (Esto a su vez plantea problemas de compatibilidad entre la actitud distanciada de la experimentación y la actitud de compromiso requerido por la retórica moral: problema que aquí me limito a señalar).